

La recompensa de la fidelidad

Pero como está escrito:

"Ni ojo vio, ni oído oyó,

Ni han entrado en el corazón del hombre

Las cosas que Dios ha preparado para los que le aman".

-1 Corintios 2:9

Una *recompensa* se define generalmente como algo que se da o se recibe a cambio de un servicio, un mérito o una dificultad. Desde una perspectiva terrenal, las recompensas se ofrecen como incentivos o motivaciones para hacer algo. La gente ofrece recompensas a quien encuentre a sus mascotas perdidas. En el sector de los viajes, las aerolíneas y los hoteles ofrecen recompensas por ser clientes. Estas ofertas hacen que la gente participe con la esperanza de obtener recompensas. Pero estas recompensas son insignificantes comparadas con las que ofrece la Palabra de Dios. Las recompensas prometidas por Dios ofrecen toda una vida de bendiciones y vida eterna. La naturaleza de las recompensas divinas no se discute a menudo, pero el concepto es idea de Dios.

Pensar, contemplar y reclamar las recompensas prometidas por Dios no es egoísmo por nuestra parte. Estas promesas motivaron a Abraham, Moisés y Pablo a entregarse por completo a Dios. La siguiente asombrosa declaración acerca de las recompensas fue incluida por Elena de White en el último capítulo de *El Conflicto de los Siglos*.

El miedo a que la herencia futura parezca demasiado material ha llevado a muchos a espiritualizar las mismas verdades que nos llevan a considerarla nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos

que Él fue a preparar

mansiones para ellos en la casa del Padre. Aquellos que aceptan las enseñanzas de la palabra de Dios no serán totalmente ignorantes en cuanto a la morada celestial. Sin embargo, "ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman". 1 Corintios 2:9. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Sólo la conocerán quienes la contemplan. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del Paraíso de Dios.

En la Biblia la herencia de los salvos se llama "un país". Hebreos 11:14-16. Allí el Pastor celestial conduce Su rebaño a fuentes de aguas vivas. El árbol de la vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol están al servicio de las naciones. Hay arroyos que fluyen siempre, claros como el cristal, y junto a ellos ondulantes árboles proyectan sus sombras sobre los senderos preparados para los rescatados del Señor. Allí las extensas llanuras se convierten en colinas de belleza, y las montañas de Dios levantan sus altas cumbres. En esas llanuras pacíficas, junto a esos arroyos vivos, el pueblo de Dios, tanto tiempo peregrinos y errantes, encontrarán un hogar.¹

En Hebreos 11, el famoso capítulo de la fe, Pablo afirma: "Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (versículo 6). Después de hablar de la fe de Abel, Enoc, Noé, y Abraham y Sara, Pablo señala: "Todos éstos murieron en la fe, no habiendo recibido las promesas, sino que, habiéndolas visto de lejos, se aseguraron de ellas, las abrazaron y confesaron que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra" (versículo 13). En estos versículos, queda claro que una fe que agrada a Dios incluye tanto la fe en Él como el Salvador como la creencia de que Él recompensa a quienes lo buscan diligentemente.

La Biblia enseña que somos salvos sólo por gracia cuando ejercemos fe en los méritos de Cristo en nuestro favor. Jesús también enseñó que había una recompensa para los justos. Afirmó: "Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras" (Mateo 16:27). Y en el gran libro apocalíptico del Apocalipsis -la piedra angular de todo el

Biblia-Jesús concluye Su revelación a Juan diciendo: "Y he aquí, Yo vengo pronto, y Mi recompensa está conmigo, para recompensar a cada uno según su obra" (Apocalipsis 22:12).

La gran decisión de la vida

En última instancia, cada persona tiene que tomar una gran decisión -la más importante de la vida- con consecuencias eternas. En un número de diciembre de 1897 de la *Review and Herald*, Elena de White escribió un artículo titulado "La liberalidad cristiana", en el que contrastó al joven rico y a Moisés. Luego señala que cada uno de nosotros debe tomar una decisión similar:

A un joven gobernante que le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Jesús le respondió: "Vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme." No era una exigencia difícil, pues el gobernante no manejaba sus propios bienes. Sus bienes le habían sido confiados por el Señor. La elección le quedaba a él; debía decidir por sí mismo. ¿Aceptaba el tesoro eterno? o ¿decidía satisfacer su deseo de tesoros terrenales, y al hacerlo, rechazaba las riquezas eternas? -Cuando oyó las palabras de Cristo, "se fue triste, porque tenía muchas posesiones". Escogió el bien terrenal, y perdió el peso eterno de la gloria.

Individualmente, somos probados como lo fue el joven gobernante. Dios nos prueba para ver si, como administradores, se nos pueden confiar con seguridad las riquezas eternas. ¿Haremos como el gobernante: aferrarnos a los tesoros que Dios nos presta, escogiendo lo que parece más agradable al corazón natural, y negándonos a usar nuestras posesiones como Dios dice claramente que espera que lo hagamos? o ¿tomaremos nuestra cruz y seguiremos a nuestro Salvador en el camino de la abnegación? . . .

Moisés tuvo que elegir entre el mundo y Dios. Se le presentaron dos objetos opuestos. Los tesoros de Egipto, el honor de una corona temporal, y todos los beneficios mundanos implicados en esta elección, fueron presentados por el príncipe de este mundo. El Príncipe de la Luz, el Redentor del mundo, presentaba el lado opuesto. Él presentó la recompensa, las inescrutables riquezas de Cristo, y mostró también el camino de aflicción, abnegación y sacrificio que deben recorrer todos los que obtengan esta recompensa.

La decisión quedó en manos de Moisés. Como agente moral libre, era libre de elegir. Todo el cielo estaba interesado en el

asunto. Lo que

¿la obediencia a Dios, con la recompensa eterna de la recompensa, o la obediencia a lo que más agradaba a su propia voluntad? "Por la fe Moisés, cuando llegó a la edad madura, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por un tiempo; estimando el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto, pues tenía respeto a la recompensa de Dios. la recompensa".²

¡Hablando de gratificación tardía, sabiduría y previsión! Moisés tomó la decisión de formar parte del pueblo de Dios, sabiendo que tendría que afrontar sufrimientos y dificultades en lugar de disfrutar de una vida de riqueza y comodidad como gobernante en Egipto. ¿Por qué alguien tomaría una decisión así? La razón que dio fue que "tenía respeto a la recompensa del galardón" (Hebreos 11:26). La conclusión es que el joven rico se aferró a sus posesiones terrenales y perdió su recompensa eterna. Moisés, en cambio, dejó a un lado las riquezas terrenales por su recompensa en el cielo. Su sabiduría se refleja en la decisión del hombre que encontró el tesoro escondido en un campo: "De gozo va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo" (Mateo 13:44). Lo que dejó no fue nada comparado con lo que ganó. Se alegró de hacer el trueque.

Recompensas de vez en cuando

Cuando el joven rico dejó a Jesús y a los discípulos, se marchó entristecido porque, para él, el precio de la vida eterna era demasiado alto. Jesús dijo a los discípulos que era difícil que los que tienen riquezas entraran en el reino de Dios. Ellos preguntaron: "¿Quién, pues, podrá salvarse?" (Lucas 18:26).

Entonces Pedro dijo: "Mira, lo hemos dejado todo y te hemos seguido".

Y les dijo: "De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, padres, hermanos, mujer o hijos, por el Reino de Dios, que no reciba muchas veces más en este tiempo presente, y en el siglo venidero la vida eterna" (versículos 28-30).

Así que, para los seguidores de Cristo, hay recompensas ahora y en la eternidad.

La Biblia registra muchas recompensas actuales. Hay paz (Isaías 26:3; Salmo 119:165), felicidad personal, menos estrés, la protección de Dios, una mejor calidad de vida familiar, más estabilidad en el matrimonio y un mayor nivel de éxito en la carrera profesional. Podemos añadir la alegría de estar en una relación de alianza con Dios, la satisfacción de apoyar la obra de Dios y la bendita esperanza de la segunda venida de Jesús. Por supuesto, hay muchas más recompensas, y deberíamos contar a menudo nuestras bendiciones.

Jesús concluye las Bienaventuranzas, que abren Su sermón de la montaña, con estas palabras: "Bienaventurados seréis cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande es vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros" (Mateo 5:11, 12). La profecía bíblica nos informa de que la última generación de la Tierra antes de la segunda venida de Cristo atravesará una época de angustia que será peor que todo lo que se haya experimentado antes (Daniel 12:1). ¿Qué mantendrá a la gente animada durante este período? La certeza de que Dios tiene planes para nosotros que van más allá de nuestra capacidad de comprensión.

Pablo también vio más allá de los naufragios, las palizas y los

encarcelamientos. Su esperanza de una recompensa en el cielo es evidente a lo largo de su vida.

sus escritos. Para animar a los demás, escribió: "Por tanto, hermanos míos amados, estad firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es en vano en el Señor" (1 Corintios 15:58). Anteriormente, en la misma carta, dijo a los creyentes de Corinto: "Cada uno recibirá su recompensa según su trabajo" (1 Corintios 3:8). Pablo estaba entusiasmado con los planes de Dios para los fieles. Al parecer, se consolaba en sus aflicciones con las promesas del libro de Isaías sobre el cielo y la tierra nueva. Escribió,

Pero como está escrito:

"Ni ojo vio, ni oído oyó,
Ni han entrado en el corazón del hombre
Lo que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

Y así se comprometió: "prosigo hacia la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:14).

¿Y el tesoro del cielo?

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen y donde los ladrones entran por la fuerza y roban; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen y donde los ladrones no entran por la fuerza ni roban" (Mt 6,19.20).

Cristo suplica: "Haceos tesoros en el cielo". Esta obra de transferir vuestras posesiones al mundo de arriba, es digna de todas vuestras mejores energías. Es de la mayor importancia, e implica vuestros intereses eternos. Todo lo que otorgáis a la causa de Dios no se pierde. Todo lo que se da para la salvación de las almas y la gloria de Dios, se invierte en la empresa más exitosa en esta vida y en la vida venidera. Vuestros talentos de oro y plata, si se entregan a los cambistas, ganan continuamente en valor, que se registrará en vuestra cuenta en el reino de los cielos. Vosotros seréis los receptores de la riqueza eterna que ha aumentado en las manos de los cambistas. Al dar a la obra de Dios, estáis acumulando tesoros en el cielo. Todo lo que acumuláis arriba está a salvo de catástrofes y pérdidas, y aumenta hasta convertirse en una riqueza eterna y duradera.

sustancia.³

De la declaración anterior y de muchas otras, queda claro que todos tenemos una cuenta en el cielo. Allí hay un libro de contabilidad donde Dios lleva un registro. La parábola de los talentos da una idea de este hecho: "Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre que viaja a un país lejano, que llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. . . . Al cabo de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y ajustó cuentas con ellos" (Mateo 25:14, 19).

Antes de revisar algunas declaraciones asombrosas sobre las tasas de interés en el banco del cielo, la seguridad de los depósitos allí, y la utilización final de los activos, primero debemos entender que la recompensa principal es la vida eterna con Jesús y los ángeles-una vida sin tristeza, sin dolor, sin lágrimas, y sin muerte. La siguiente declaración

señala que nuestra recompensa también incluye la alegría de ver almas redimidas:

Cuando los seguidores de Cristo devuelven al Señor lo que es suyo, están acumulando un tesoro que les será dado cuando oigan las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; . . . entra en el gozo de tu Señor". "El cual, por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios". Mateo 25:23; Hebreos 12:2. El gozo de ver almas redimidas, almas eternamente salvadas, es la recompensa de todo que pusieron sus pies en las huellas de Aquel que dijo: "Sígueme".⁴

Riesgo de inversión celestial

Cuando invertimos en la Tierra, siempre nos preocupa el riesgo. Hablamos de riesgo relativo cuando se trata de tipos de interés. Sabemos que la promesa de un tipo de interés elevado siempre va acompañada de un mayor riesgo. Pero, ¿qué ocurre con las inversiones que se guardan en el cielo? Hemos encontrado algunas respuestas sorprendentes. "Aquellos que realmente sientan interés por la causa de Dios, y estén dispuestos a arriesgar algo para su progreso, encontrarán que es una inversión segura. Algunos recibirán el ciento por uno en esta vida, y en el mundo venidero la vida eterna. Pero no todos recibirán el céntuplo en esta vida, porque no podrán soportarlo. Si se les confiara mucho, se convertirían en administradores imprudentes. El Señor lo retiene para su bien; pero su tesoro en el cielo estará seguro. Cuánto mejor es una inversión como ésta".⁵

Todos podemos imaginar escenarios en los que nuestra seguridad temporal podría perderse en un instante: la economía, actos de terrorismo o catástrofes naturales. De hecho, los vemos en las noticias diarias. Las personas que se aferran a sus tesoros terrenales acabarán perdiéndolo todo. Pero aquellos que son inteligentes transferirán sus bienes a su nuevo hogar en el cielo. "Todo lo que está guardado en la tierra puede ser barrido en un momento; pero nada puede perturbar el tesoro que está guardado en el cielo."⁶

Siempre existe la tentación de pensar: "*Si consigo grandes beneficios con esta inversión, seré generoso con la causa de Dios*". Desafortunadamente, la gran ganancia siempre parece estar a sólo una inversión de distancia. Elena de White escribió una vez a un hombre que había perdido mucho dinero en inversiones terrenales: "La empresa de asegurar la vida eterna no despertó tu interés. Aquí podrías haber gastado medios, y no correr riesgos, no encontrar desilusiones, y al final habrías recibido inmensas ganancias. Aquí podrías haber invertido en el banco infalible del cielo. Aquí podrías haber depositado tus tesoros, donde ningún ladrón se acerca ni el óxido corrompe. Esta empresa es eterna y mucho más noble que cualquier empresa terrenal."

empresa como los cielos son más altos que la tierra".⁷ Hizo un

declaración de seguimiento con respecto al banco del cielo con estas palabras: "Pon tu dinero en el banco del cielo. Así invertido, producirá una tasa de interés infinitamente más alta que si se coloca en los bancos de este mundo".⁸ La recompensa de Dios a su pueblo fiel es única y, como muchas cosas espirituales, puede estar más allá de nuestra comprensión finita. Sabemos que que el don de Dios es la vida eterna, pero aparentemente, hay aún más.

Considera esta frase: "El Señor tiene una gran obra que hacer, y legará la mayor parte en la vida futura a aquellos que hagan el servicio más fiel y dispuesto en la vida presente."⁹

Pero no confundas la recompensa con el mérito. El único mérito que tenemos es el de Jesús en nuestro favor. En uno de sus devocionales matutinos a los ministros reunidos para la sesión de la Conferencia General celebrada en Battle Creek, Michigan, en noviembre de 1883, Elena de White declaró,

Ninguno de nosotros será salvo por sus propios méritos; las recompensas de la eternidad son compradas por Cristo, y en ningún caso merecidas por el hombre; sin embargo, los ministros deben recordar que cada hombre recibirá según hayan sido sus obras. Los juicios de la gran asamblea procederán con la mayor exactitud sobre la base de las obras, y nuestra desgana y falta de celo se reflejarán en sus decisiones. La parábola de los talentos ilustra este tema. Un hombre se convierte en gobernante de diez ciudades, otro de cinco, otro de dos. Cada uno recibe en proporción exacta a su trabajo, a la mejora que ha hecho con los talentos que Dios le ha prestado; y es es privilegio de cada uno esforzarse por obtener la mayor recompensa.¹⁰

"Lo que damos a la causa de Dios se convierte en nuestro para siempre. Dice Cristo: '*Haceos tesoros en el cielo*'. Sólo esto, de todo lo que poseemos, es realmente nuestro. Todo lo que acumulamos en la tierra, debemos dejarlo al final. Sólo lo que damos por Cristo podemos llevarlo con nosotros al mundo eterno".¹¹

Para situar nuestra recompensa en el lugar que le corresponde, debemos recordar que no debe ser nuestro principal motivo de obediencia. Nuestra obediencia es un "servicio y lealtad de amor".¹²

Pero al comentar la historia que Jesús contó de los obreros que trabajaban diferentes horas del

día y cada uno recibió un "centavo", Elena de White señala: "En un sentido subordinado, todos debemos tener respeto a la recompensa del galardón. Pero mientras apreciamos la promesa de bendición, debemos tener perfecta confianza en Jesucristo, creyendo que él hará lo recto, y nos dará la recompensa según hayan sido nuestras obras. El don de Dios es la vida eterna, pero Jesús quiere que no estemos tan ansiosos por las recompensas, sino que hagamos la voluntad de Dios porque es derecho a hacerlo, independientemente de toda ganancia".¹³

Así que mantengamos nuestros ojos en el premio. Nuestros corazones estarán donde esté nuestro tesoro. Las cosas de esta tierra, que pronto serán quemadas,

"se oscurecerán extrañamente a la luz de su gloria y de su gracia".¹⁴

Entonces, a medida que pasan los días, a medida que nos acercamos a la Segunda Venida o al final de nuestras vidas, en lugar de pensar en dejar atrás nuestros tesoros, podemos pensar en nuestros tesoros en el cielo y darnos cuenta de que nos estamos acercando a ellos. "Tus pensamientos estarán fijos en las grandes recompensas de la eternidad. Todos tus planes se harán en referencia a la vida futura, inmortal. Serás atraído hacia tu tesoro. No estudiarás tus intereses mundanos, sino que en todas tus búsquedas la silenciosa indagación

será: "Señor, ¿qué quieres que haga?".¹⁵

Oramos para que Dios te sostenga y bendiga a ti y a tu familia mientras buscas Su voluntad en esta importante área de tu vida. Que todos estemos en el grupo que oye de labios de Jesús: "Bien, buen siervo y fiel. . . . Entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25:21).

1. Ellen G. White, *El Conflicto de los Siglos* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1911), 674, 675.

2. Ellen G. White, "Christian Liberality", *Review and Herald*, 14 de diciembre de 1897, 758 (1).

3. Ellen G. White, *Counsels on Stewardship* (Washington, DC: Review and Herald®, 1940), 342.

4. Ellen G. White, *El Deseado de todas las gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1940), 523.

5. White, *Consejos sobre mayordomía*, 232, 233.

6. Ellen G. White, *Our High Calling* (Washington, DC: Review and Herald®, 1961), 195.

7. Ellen G. White, *Testimonios para la Iglesia*, vol. 2 (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1948), 280.
8. Ellen G. White, "An Appeal for the Southern Work", *Review and Herald*, 27 de mayo de 1902, 21.
9. Ellen G. White, *Christ's Object Lessons* (Washington, DC: Review and Herald®, 1941), 330.
10. Ellen G. White, *Gospel Workers* (Washington, DC: Review and Herald®, 1915), 450.
11. Ellen G. White, "Nuestras misiones en Europa", *Review and Herald*, 6 de diciembre de 1887, 754 (2); énfasis en el original.
12. Ellen G. White, *Steps to Christ* (Nampa, ID: Pacific Press®, 1999), 60.
13. White, *Consejos sobre mayordomía*, 339.
14. Helen H. Lemmel, "Turn Your Eyes Upon Jesus" (John M. Moore/-Singspiration[ASCAP], 1952).
15. White, *Consejos sobre mayordomía*, 343.